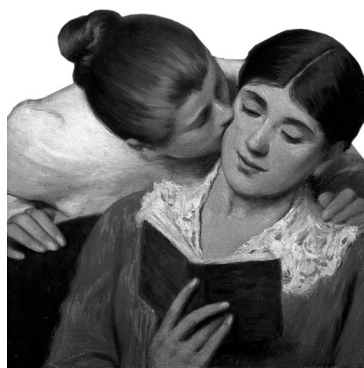


REINO DE CORDELIA

Cómo Enseñar a Leer en Clase

Memorias de un viejo profesor



Primera edición en REINO DE CORDELIA, septiembre de 2017

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S. L.
Avda. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

© Miguel Díez, 2017

Cubierta: *Enfants à l'église*, de Jean Geoffroy

IBIC: DNF
ISBN: 978-84-16968-14-5
Depósito legal: M-25225-2017

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Medianil Gráfico
Impreso de la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Cómo Enseñar a Leer en Clase

Memorias de un viejo profesor

Miguel Díez R.



Carta abierta a un antiguo alumno,
hoy profesor,
que recordaba a su viejo maestro
y le pedía ayuda y consejo



Índice

<i>Introducción</i>	17
1. A modo de presentación	19
2. La importancia de la lectura	23
3. Los jóvenes ante la lectura	35
4. Los enemigos de la lectura	41
5. La falacia de la llamada «enseñanza lúdica»	51
6. Los «depauperados» profesores	53
7. Más desdichas	55
8. Y a pesar de todo...	59
9. ¿Qué se puede hacer?	61
10. El baúl de los recuerdos:	
Repertorios de muy diversos textos	67
A.- Letras de canciones y otros textos	68
B.- Poesía lírica	96
* Lírica española	97

* Lírica gallega	282
* Lírica hispanoamericana	293
* Poemas del mundo	334
C.– Narrativa	369
* Mitos, fábulas, apólogos, cuentos populares tradicionales y otros textos antiguos de «varia lección»	367
* Cuentos literarios muy breves	395
* Grandes cuentos	621
* Otros cuentos	651
* Cuentos largos y/o novelas cortas	656
* Novelas	662
D.– Diez obras clásicas	669
11. Ejercicios	675
12. Últimas observaciones	679
13. Final	681

Para Manuel Íñiguez, profesor de Lengua y Literatura Española en el colegio Paul Eluard, Nanterre (Francia).

Para Blanca Ballester, Funcionaria Administrativa de la Comisión Europea en la UE.

Y para los miles de alumnos que me acompañaron a lo largo de mi vida profesional y de los que aprendí mucho más de lo que ellos aprendieron de mí.

ESTAS *MEMORIAS* las publiqué hace ya unos años y por primera vez, en versión digital (PDF), en el blog <http://narrativabreve.com>, editado por Francisco Rodríguez Criado.

En esta edición en papel he aumentado muy significativamente la selección de textos y he incorporado muchos relatos y comentarios pertenecientes a mi sección del blog citado, <http://narrativabreve.com/cuentos-breves-recomendados>.

Otros muchos textos y comentarios los he recogido de los siguientes libros publicados por mi mujer Paz Díez Taboada y yo mismo: *Relatos populares del mundo*, Madrid, Espasa Calpe, 4ª edic. (Austral nº 151), 2008; *Cincuenta cuentos breves. Una antología comentada*, Madrid, Cátedra, 2011, y principalmente de *Antología comentada de la poesía lírica española*, Madrid, Cátedra, 6ª edic. 2015.

Mi mujer Paz y yo hemos trabajado con pleno entendimiento en muchos proyectos y publicaciones literarias y he querido que también estuviera muy presente en este mi intento crepuscular. Juntos hemos considerado la validez de muchos textos y ella ha realizado la revisión final de estas *Memorias*. En el caso de algunos comentarios cuya autoría es exclusivamente suya, he indicado su nombre al final.

También he querido incluir los comentarios, firmados con su nombre, de algunos buenos amigos, expertos en literatura.

Finalmente, téngase en cuenta que, desde que publiqué la primera redacción digitalizada, he ido recogiendo otros muchos textos, algunos muy modernos, con la intención de actualizar lo más posible mis propuestas y así llegar a la redacción definitiva de estas *Memorias didácticas*, en las que se puede apreciar, a lo largo del texto, el distanciamiento del enfoque inicial personal en aras de una apertura a los profesores, en general, de Lengua y Literatura Española.

MIGUEL DÍEZ R.

Introducción

HE SIDO PROFESOR de Lengua y Literatura en España cerca de cuarenta años, en unos tiempos en los que los planes de estudio posibilitaban una enseñanza suficientemente efectiva del conocimiento práctico de la lengua, apoyado, sobre todo, en la lectura y comentario de buenos y diversos textos, seleccionados con mucho cuidado. En cuanto a la Literatura, el número holgado de horas lectivas permitían un acercamiento tranquilo y bastante completo a su rica realidad, con una decidida orientación a la lectura y conocimiento de las grandes obras encuadradas en los sucesivos movimientos literarios; lectura que servía para formar la sensibilidad artística de los alumnos y que era puntal imprescindible para el conocimiento de la lengua.

Fueron unos largos años en los que aquellos —hoy viejos profesores— manejábamos, como he dicho, textos variados que iban desde letras de canciones o textos de actualidad a poemas, cuentos, novelas y obras dramáticas. Teníamos muy claro que nuestra principal labor era iniciar a los alumnos en la lectura e incitarlos a ella y que todo nuestro trabajo y esfuerzo debía encaminarse a este fin. Hay que reconocer que las circunstancias de vida, tan distintas de las actuales, el tipo

de alumnos, las exigencias de los padres y de los centros de enseñanza y los aludidos planes de estudio facilitaban nuestro trabajo.

Vinieron otros tiempos, se masificó la enseñanza y las aulas se llenaron de jóvenes muy movidos, de distintos niveles culturales e influidos y «contaminados» por los medios de comunicación más modernos en los que la omnímoda presencia de la imagen y el sonido prevalece. Los planes de estudio se modificaron y cambiaron sin encontrar el punto adecuado y efectivo para dar respuesta a las nuevas y complejas circunstancias; y, en definitiva, el resultado ha sido una enseñanza tan desnortada e ineficaz que a nadie satisface y de la que todos nos quejamos.

Un antiguo alumno, hoy profesor de Lengua y Literatura Española en Enseñanza Secundaria y Bachillerato, me escribió una carta en la que me hablaba de su entusiasta vocación docente, enfrentada a los graves problemas vividos día a día en cada clase. Rememoraba aquellos tiempos pasados —tal vez con la nostalgia y el vano deseo de poder retornar a aquella situación ya tan lejana— y le pedía a su viejo profesor ayuda y consejos prácticos, y un listado de textos y títulos de obras que pudieran servirle para atraer a sus alumnos e inculcarles la afición a la lectura,

Mi respuesta ha sido una larga reflexión sobre mi actividad pedagógica: una mirada atrás, a lo que hacíamos, a los textos que leíamos y comentábamos, a los ejercicios que realizábamos, pero dejándole muy claras las diferencias de aquel panorama escolar con el que él vive actualmente. Es posible que algunas de las propuestas sí le puedan servir, acomodadas y orientadas a sus circunstancias o, por lo menos, le sugieran otras actividades parecidas y posibles. Esta es la pretensión de estas *Memorias didácticas* que ahora presento como carta abierta, en el deseo de que sirvan para arrojar algún rayo de luz a otros muchos profesores de Lengua y Literatura Española, tan preocupados e interesados en su profesión como mi antiguo alumno.

I. A modo de presentación

AL RECIBIR TU CARTA, después de tanto tiempo, me encontré de improviso con aquellos momentos tan queridos y ¡ay! tan lejanos, en los que, como en un espejo borroso, se reflejaba un grupo de chicos y chicas que oían atentamente la lectura clara, apasionada y serena del profesor de Literatura. Al recordarme las fechas, el grupo y los nombres, tu cara y las de algunos de tus compañeros fueron surgiendo poco a poco de las brumas del pasado, hasta que mi memoria consiguió que se hicieran nítidas y reales. Y una vez más volví a hacer míos los sentimientos que muchas veces me embargaron al contemplaros en clase a vosotros y a otros muchos compañeros; sentimientos tan bien expresados en un poema de José Antonio Labordeta (1935-2010) y que podían corresponder a los míos con un simple cambio de los referentes históricos por los literarios:

MI VIDA FRENTE A LOS PUPITRES

Mientras vosotros estáis con los grafismos
contándome la historia de los tiempos,
escribo en el silencio de las aulas
palabras nostálgicas, recuerdos.

Mientras vosotros habláis de socialismos,
de movimiento obrero, de Bismarck el guerrero,
contemplo los objetos perdidos en el cielo
y escribo versos, tiernos versos de amor y regocijo.

Mientras crecéis para hombres y mujeres
y del ojo infantil os cuelga tanta vida,
asumo nostálgico este tiempo.

Mientras vosotros vais,
yo vengo.
Doloroso es cruzarse en el camino.

En *Los cachorros* —una novela corta de las muchas que entonces leáis— Vargas Llosa califica a los protagonistas de su historia como «traviesos, lampiños, curiosos, muy ágiles, voraces». Aunque un poco mayores que aquellos «cachorros» de don Mario, también a vosotros os quedaban restos de esas calificaciones, aunque habría que añadir algunas más: receptivos, comunicativos, generosos y espontáneos. En años posteriores, cuando, ya desaparecidos BUP y COU, vinieron otros aires, otros planes de estudio y otros muchachos tan distintos, se añoraban aquellos tiempos.

Es que todos éramos —sobre todo, yo— mucho más jóvenes y disponíamos —además de las cinco horas de clase de Lengua Española en 1º de BUP— de un curso específico de Literatura en 2º de BUP también con cinco horas semanales, que permitía leer y comentar, con relativo sosiego, las grandes obras de nuestra historia literaria desde los comienzos hasta el siglo XX. Este estudio de la Literatura todavía se podía completar con una opción libre de cuatro horas de Literatura Universal en 3º de BUP. En COU se impartían tres horas obligatorias de Lengua Española y la posibilidad, como optativa, de otras tres horas de Literatura

A los «pseudopedagogos de laboratorio» y a los expertos teóricos de turno del ministerio correspondiente todavía no se les habían ocurrido algunos de los mayores desaciertos didácticos que posteriormente se han cometido en este país: unir en

una sola asignatura el estudio de la Lengua y de la Literatura, además de rebajar cuantiosamente las horas lectivas y, en cambio, aumentar hasta límites agobiantes —por tanto, totalmente ineficaces— el número de asignaturas por curso. Con tales disparates lo que se ha conseguido es la liquidación o muerte por asfixia de la Literatura en los actuales planes de estudio. Y ello en aras de la necesidad de reforzar la enseñanza de la Lengua, para, en principio, intentar solucionar con urgencia los estrepitosos fallos lingüísticos de los alumnos, lo que no se está consiguiendo por el desacertado enfoque de esta asignatura y, además, sin haber caído en la cuenta de que la lectura de buenos textos, de buena Literatura es el mejor remedio, el antídoto contra la simplificación y depauperación del habla y de la escritura de los jóvenes y, en consecuencia, contra la jibarización de su pensamiento.

2. La importancia de la lectura

ENTRAMOS ASÍ EN EL MEOLLO de tu larga epístola. Me hablas de tu pasión por la Literatura —en la que, según dices, algo contribuí—, de tu vocación docente, de la experiencia de estos años como profesor de Lengua y Literatura Española en el segundo ciclo de Secundaria y en el nuevo Bachillerato, de los problemas a los que tienes que enfrentarte cotidianamente y, en fin, de luces y de sombras, de ánimos y desánimos. Y me pides consejos y orientaciones porque rememoras la imagen de este viejo profesor como la de una especie de prestidigitador que en todas y cada una de las clases se sacaba de la manga algunos textos, muy distintos y muy seleccionados, para leer y comentar con vosotros. Recabas, en concreto, información sobre títulos de novelas, de relatos cortos, de cuentos populares y literarios, de poemas, de todo tipo de textos para poder atraer e introducir en la lectura a tus alumnos. Porque de eso se trata.

Como muy bien señalas en tu carta, el objetivo fundamental del profesor de Lengua y Literatura es conseguir que los alumnos se aficionen a la lectura. Si esto se consigue, todo lo demás se dará por añadidura. La buena lectura es el medio definitivo y único para dominar la propia lengua, para que los niños, adolescentes

y jóvenes puedan romper los límites de espacio y de tiempo y se abran a los mundos infinitos de la fantasía, para que aprendan sobre la vida, conozcan, confronten y piensen. Porque —como ha escrito Muñoz Molina— la lectura nos enseña a mirar dentro de nosotros mismos y mucho más lejos del alcance de nuestra mirada, o dicho con una acertada metáfora, la lectura es una ventana y también un espejo.

[LEER UN LIBRO]

LEER UN LIBRO es volver a nacer. Es el camino para apropiarnos de un mundo y de una visión del hombre que, a partir de ese momento, entran a formar parte de nuestro ser. Una lectura disfrutada con riqueza y plenitud es la conquista más plena que puede hacer un hombre en su vida. Hay una condición esencial que hará que este regalo de los dioses sea para siempre. La lectura debe causarnos placer. Un placer que venga de lo más hondo del alma y que ha de quedarse allí intacto y disponible. Esto nos llevará a otro de los dones que concede la lectura, y es la relectura. Así, volver a leer un libro tendrá siempre una condición reveladora y es esta: a cada lectura el libro se nos va a presentar con un nuevo rostro, con nuevos mensajes, con otros ángulos para percibir el mundo y los seres que lo pueblan. Suele hablarse en estos tiempos de la desaparición del libro por obra de tecnologías aparentemente inevitables. Grave error el pensar así. El libro acompañará al hombre hasta su último día sobre la tierra. Cuidemos el libro, amemos el libro, en el libro se esconden las más secretas claves de nuestro paso por la tierra, el más absoluto testimonio de nuestra esencia como hombres. El libro es el mensajero de un más allá cuyo rostro no acabamos de percibir.

Álvaro MUTIS (Colombia, 1923-2013)

[UNA GUÍA DE LECTURAS]

TENGO UN GRAN RESPETO, y sobre todo un gran cariño, por el oficio de maestro, y por eso me duele que ellos también sean víctimas de un sistema de enseñanza que los induce a decir tonterías. Uno de mis seres inolvidables es la maestra que me

enseñó a leer a los cinco años. Era una muchacha bella y sabia que no pretendía saber más de lo que podía, y era además tan joven que con el tiempo ha terminado por ser menor que yo. Fue ella quien nos leía en clase los primeros poemas que me pudrieron el seso para siempre. Recuerdo con la misma gratitud al profesor de literatura del Bachillerato, un hombre modesto y prudente que nos llevaba por el laberinto de los buenos libros sin interpretaciones rebuscadas. Este método nos permitía a sus alumnos una participación más personal y libre en el prodigio de la poesía. En síntesis, un curso de literatura no debería ser mucho más que una buena guía de lecturas. Cualquier otra pretensión no sirve para nada más que para asustar a los niños.

Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ (Colombia, 1927-2014)

LA LITERATURA JUVENIL. UN GÉNERO POLÉMICO

NORMALMENTE NUESTRA SOCIEDAD se preocupa de que el lector simplemente lea, más de que el lector joven siga adelante en su progreso y adquiera madurez lectora. Nos preocupamos de que los jóvenes lean... cualquier cosa mientras lean, y nos desinteresamos por sus progresos en la interpretación de sus lecturas y en la gradación de las dificultades. Yo creo que es un error y que debe exigirse el máximo a los jóvenes y no ahorrarles ningún esfuerzo. Entre otras muchas razones, porque para convertirlos en lectores sin más, en lectores en general, ya está la industria cultural y sus rebajas constantes de calidad que desplegará todas sus artes publicitarias para que pasen a engrosar la estadística del lector-consumidor. Las instituciones, la escuela, los escritores, están para llevarles más alto. (...) Mucha literatura juvenil se ha contagiado de lo que George Steiner llama las terapias de la facilidad, o sea la negación del esfuerzo y la exigencia, y ha equiparado el género a las producciones de la cultura de masas, que al atender a la ampliación máxima de las audiencias, siempre puede bajar un escalón en la calidad para aumentar el número de lectores de bajo nivel educativo. No se busca formar buenos lectores en la tradición cultural propia, sino complacer a los lectores, adularlos, y

facilitarles el trabajo de cualquier manera, y en cualquier tradición, olvidando que la literatura es un diálogo entre autores y obras, una superación de temas y técnicas, un avance en los modelos expresivos y en las fórmulas que describen las experiencias humanas y por ello nos mejoran no solo como lectores, sino también como seres humanos. [...] La lectura en voz alta se redujo en nuestras escuelas en beneficio de la comprensión, de la lectura silenciosa, pero, como nos recuerda Georges Steiner, la memoria es el marcapasos de la inteligencia, no hay inteligencia sin memoria, y en cuanto a la lectura, la prueba más eficaz para comprobar si alguien entiende bien un texto es hacérselo leer en voz alta, hacérselo interpretar, o sea dar su traducción, su versión hablada: los titubeos y las inflexiones de la voz nos darán la medida exacta de su nivel de comprensión, de su nivel de lectura. Yo creo que las escuelas debieran volver a esas prácticas si queremos que los jóvenes se acerquen a los textos sin dificultades.

Emili TEIXIDOR (España, 1932-2012)

[A LOS PROFESORES DE LOS DEPARTAMENTOS DE LENGUA Y LITERATURA]

NOS GUSTARÍA que convencieses a tus compañeros, los profesores de otras materias, de que el fomento de la lectura no es tarea exclusiva de tu departamento, sino de todos. (...) desearíamos que en cada centro educativo se urdiera una «conspiración de lectores», «un tenaz proselitismo del leer», cuyos iniciadores deberíais ser los profesores y profesoras del departamento de Lengua y Literatura junto con la persona encargada de la biblioteca, cargo que debería establecerse en todos los centros de enseñanza. El centro entero tiene que estar implicado. (...) En todas las asignaturas se debe enseñar a leer, como efecto colateral. Los adolescentes ya dominan la mecánica de la lectura, saben descifrar los signos, pero eso no es leer. Leer es comprender lo que se lee. Para ello necesitan, entre otras cosas, aumentar su vocabulario. Wittgenstein lo dijo de manera contundente: «Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo», por eso, como educadores —y no hay que olvidar que todo profesor lo es, sea cual sea su asignatura— tenemos el deber

de ampliar su mundo. O, al menos, de intentarlo. La ausencia de lectura no solo empobrece la mirada, sino también la expresión, y por eso gran parte de los jóvenes no saben expresarse. [...] Y tenemos que acercarnos con la voz a estos adolescentes a los que no les gusta leer, no solo por la tele, o por la videoconsola y sus juegos, activos y divertidos, sino porque hemos matado el inicial gozo de la lectura a base de fonemas, morfemas, cartas marruecas y análisis varios. ‘¿Y si en lugar de exigir la lectura, el profesor decidiera de repente compartir su propia dicha de leer?’, se pregunta Pennac. Es la primera receta mágica. Pues de eso se trata. De que les leamos nosotros si ellos no quieren leer. Nos dirás, y con razón, que está el programa, que tienen que hacerse comentarios, porque luego se lo pedirán al llegar a Selectividad. Todo eso es cierto, pero solo te pedimos que «te lo saltes», un día a la semana, que será el día de lectura. Si el experimento resulta bien, como nosotros creemos, tendrán mucho más interés y aprenderán después más rápido. Sabemos que has estado muy de acuerdo mientras decíamos que los padres deberían leer cuentos a sus niños, que los profesores de primaria deberían seguir leyendo cuentos a adolescentes, a los adolescentes de hoy... y piensas que ahí querrías vernos a nosotros. Es lógico. Pero solo te pedimos que lo pruebes, que hagas el experimento. [...] Pero por mucho que hagamos es posible que nuestros alumnos sigan sin querer leer. No importa, tenemos que intentarlo. Un profesor debe ser optimista, debe ser inasequible al desaliento, (...) La tarea de educar es una tarea tan grande como ilimitada. Nunca tenemos los resultados asegurados. En eso se parece a la del agricultor. Hay que plantar la semilla, y luego regarla, abonarla, cuidarla. Pero no depende de nosotros que fructifique, y que cuando lo haga sea con los resultados apetecidos. Debemos ser humildes. Sea cual sea el resultado tenemos, como profesores, la obligación moral de intentarlo con todo nuestro empeño y nuestra pasión. Se trata, sí, de un acto de amor.

José Antonio MARINA (España, 1939) y María de la VÁLGOMA (España, 1948)

CLANDESTINOS

UN AMIGO ÍNTIMO me pidió que acudiera el sábado por la noche a su casa para mostrarme algo. Al llegar, abrió la puerta con aire de misterio y me hizo pasar sigilosamente a su cuarto de trabajo. Mientras yo curioseaba entre sus libros, él iba de acá para allá, ofreciéndome té, café, whisky, como si le diera miedo entrar en materia. Tras dejar transcurrir un tiempo prudencial, le pregunté si tenía algún problema. Respondió que no estaba seguro y a continuación, colocando el dedo índice sobre los labios, me arrastró al pasillo, desde donde nos dirigimos con movimientos furtivos al salón, cuya puerta estaba entreabierta. Al asomarme, vi a su hijo, de 18 años, instalado en el sofá, leyendo tranquilamente *Madame Bovary*. De vuelta a su estudio, me miró con expresión interrogativa. «¿No te parece alarmante?», preguntó. «¿Preferirías que leyera *Ana Karenina*?», pregunté a mi vez. «Por Dios», gritó, «es sábado por la noche y tiene 18 años; debería estar tomando cervezas con los amigos». No le dije nada, pero lo cierto es que la imagen del joven, devorando aquella obra clásica, me había perturbado. Quizá no fuera un psicópata, pero tampoco se podía negar que le ocurría algo. Se empieza con rarezas de este tipo, que al principio hacen gracia, y se acaba leyendo a Samuel Beckett. «La lectura es buena», le tranquilicé, «en eso está de acuerdo hasta el Ministerio de Cultura». «La lectura», respondió mi amigo, «es buena cuando tus amigos leen, como pasaba en nuestra época. Ahora es un síntoma jodido. Si al menos le diera por *El código da Vinci*, que no hace daño a nadie...». Me pidió que hablara con su hijo. «Después de todo», añadió, «lo conoces desde que era niño y te escuchará mejor que a mí».

A los pocos días, me hice el encontradizo con el chaval y entramos en un bar. Hablamos de literatura y me pidió algún consejo para abordar la lectura de los clásicos latinos, que se le resistían. Le recomendé una edición bilingüe de la *Eneida* y me ofrecí para que la comentáramos juntos. Pagó él y, al despedirnos, me guiñó un ojo, diciéndome: «De todo esto, ni una palabra a mi padre, que está muy preocupado conmigo». Así que llevamos dos semanas leyendo clandestinamente a Virgilio. ¿Adónde vamos a llegar?

Juan José MILLÁS (España, 1946)

EL VICIO DE LEER
(Relato)

DESPUÉS DE PENSÁRMELO mucho, acudí a la reunión de lectores anónimos que había convocado la biblioteca pública. Cuando me tocó el turno de hablar, saqué el papel que había estado preparando toda la tarde y leí:

Mi nombre no importa, soy un lector anónimo. El día que dije en mi casa que me gustaba leer, mi padre puso el grito en el cielo.

—Pero, bueno, ¿cómo es posible que te guste leer? —dijo alzando la voz—. ¿Me has visto a mí leer alguna vez? ¿Lee tu madre? ¿Lee tu hermano mayor? No, verdad. Ninguno de nosotros leemos. ¿Y no estamos todos sanos y fuertes?

Mi madre fue más suave, aunque su tono también estaba cargado de reproches.

—Hijo, ¿por qué lo haces? ¿Por qué lees? —me preguntó entristecida.

Sin dejarme responder, mi padre volvió a la carga y siguió despotricando.

—Vamos a ver. Tienes un ordenador, tienes un montón de videojuegos, te hemos puesto un televisor en tu cuarto y, a pesar de todo eso, que buenos esfuerzos nos ha costado, el niño caprichoso prefiere leer libros. ¿Te parece bonito ese vicio?

Yo, la verdad, no supe qué responder. Según comprobé después a escondidas en el diccionario, que también es un libro, un vicio es una mala costumbre que se repite con frecuencia. En aquel momento, más que un vicioso, me sentía como un ladrón que acabara de robar en el Banco de España y hubiera sido pescado in fraganti. Para colmo todavía tenía el botín en la mano, la prueba del delito, esto es, los libros que acababa de sacar de la biblioteca pública. Mis padres los miraron horrorizados y leyeron los títulos con dificultad. Bueno, la cosa no paró ahí. Tuve que prometerles a mis progenitores que nunca más volvería a leer libros en casa.

La verdad es que me gustaría compartir este interés por la lectura con alguien, pero mis amigos piensan como mis padres. Ellos solo saben hablar de fútbol. Un día que les insinué haber leído un libro, me miraron como si fuera un enfermo contagioso y se alejaron de mí poniendo cara de asco.

He cumplido mi promesa a rajatabla. Ya no leo en casa, ahora leo sentado en un banco del parque y en la biblioteca pública, en donde ellos no pueden verme. A

veces, cuando me dedico a este vicio, tengo miedo de que me descubran, aunque luego me olvido de todo. Lo siento por mis padres, pero a mí me gusta leer, ¿y qué?

Paco ABRIL (España, 1947)

EL FESTÍN DE ALEJANDRÍA

CUANDO EL HOMBRE quiso ser como Dios, creador del mundo, inventó los libros, que multiplican el mundo. Gracias a ese ingenioso artificio de tinta y de papel podemos sentirlo todo de todas las maneras, mirar el universo con cien ojos, viajar en el tiempo, descender al centro de la tierra y al otro centro, más remoto, de nosotros mismos. Hay quienes contraponen los libros a la vida, como si la vida digna de tal nombre fuera posible sin los libros, como si los libros no fueran la más alta expresión de la vida. El buen lector ni siquiera envidia a Dios, porque Dios ya conoce todos los libros y todos los tiene en su inmutable memoria, privándose así del placer de irlos descubriendo en perpetuo deslumbramiento y del más hondo placer de releerlos. Yo he sido Lázaro de Tormes y he engañado al ciego y compadecido al hidalgo; he recorrido los anchos caminos de La Mancha en busca de entuertos que deshacer y he acompañado por esos mismos caminos a mi desventurado señor que se empeñaba en confundir los molinos con gigantes; he cometido adulterio con Madame Bovary y me he suicidado por amor con el joven Werther; yo me he perdido en la niebla de Londres, acompañado del bueno de Watson, resolviendo los tortuosos enigmas que me planteaba el doctor Moriarty; yo he navegado por mares azules en busca de paradisíacas islas y tesoros, y me he emborrachado de melancolía en un atardecer provinciano mientras esperaba, junto a un olmo seco, otro milagro de la primavera; yo he llorado con Aquiles la muerte de Patroclo; he sido un cerdo junto a Circe; he acompañado a Fabricio del Dongo en la batalla de Waterloo; yo me he enamorado con Bécquer y con Pedro Salinas, he escrito los versos más tristes una noche junto a Pablo Neruda y he sido aprendiz de guitarrista con Landero y generoso miliciano con Javier Cercas.

En una palabra, he sido un lector, he estado lo más cerca de la omnisciente divinidad que puede estar un ser humano, no he conocido un instante de tedio, he multiplicado mi vida en mil vidas distintas. Abrir un libro es abrir una puerta en los muros de la cotidianidad: penumbrosos, resbaladizos renglones nos llevan hacia secretas galerías, al huerto por el que pasea Melibea y un joven aparece de improviso persiguiendo un halcón, al geométrico laberinto de Buenos Aires, al cementerio judío de Praga, a un café en la Praça do Comercio, frente al Tajo, donde esperan la llegada del rey don Sebastián, mientras hablan de versos y de herméticas filosofías, Pessoa, Reis y Álvaro de Campos. Me he pasado la vida añorando la biblioteca de Alejandría, ese mágico recinto que encerraba todos los libros, y del que todas las bibliotecas no son más que un pálido remedo, y ahora me doy cuenta de que nunca he salido de ella. Porque la biblioteca de Alejandría no es más que otro nombre del universo... Para el buen lector no hay rincón en el mundo que no sea un rincón de esa biblioteca: El lector, esté donde esté, tiene siempre a mano billete y pasaporte para el más incitante viaje. Nunca son demasiados los libros, los infinitos libros, los cientos de libros que se publican cada día, porque no están para que los leamos todos, sino para que nunca nos falte dónde escoger.

La biblioteca de Alejandría, que tiene sucursales hasta en el más modesto quiosco, nos invita perpetuamente a una fiesta, a un interminable festín. Los buenos libros, decía Santiago Rusiñol, hay que leerlos a pellizcos como se comen las ensaimadas. La lectura: placer que nunca sacia, banquete al que todos estamos invitados y en el que siempre se encuentra una delicia culinaria para el gusto o el capricho de cada lector. La lectura: placer de dioses reservado a los humanos, perpetua incitación a la felicidad.

José Luis GARCÍA MARTÍN (España, 1950)

[LA LECTURA ES LA ACTIVIDAD HUMANA MÁS IMPORTANTE]

PIENSO QUE LA LECTURA es la actividad más importante que hace el hombre, después de todas las que permiten su supervivencia. No es más importante que res-

pirar, comer, ingerir líquidos, dormir o amar, porque sin estas acciones la vida es imposible, pero sí está por encima de todas las demás. La principal característica humana es el uso de la inteligencia que el hombre posee. Pero este uso, sin la reflexión, solo conduce al caos, al exterminio de las restantes formas de vida animal y vegetal, al suicidio a largo plazo como especie.

El hombre, por sí solo, sin duda es capaz de reflexionar. Sin embargo, la lectura —por lo que tiene de reservorio de experiencias, de archivo de logros y fracasos, de centro de acopio de ideas y de almacén de fantasías— constituye el recurso perfecto para estimular la reflexión. Leer nos pone en contacto con las mentes más lúcidas y las ideas más importantes de la humanidad. Leer nos hace cocreadores, dado que el autor propone el cincuenta por ciento del texto y nosotros completamos, en nuestra mente, el cincuenta por ciento restante. De ahí que leer no es un monólogo sino un diálogo. Un diálogo enormemente feraz, gracias al cual la humanidad alcanza su cota más elevada.

Considero a la literatura el arte más completo. Cuando leemos, nuestra imaginación se comporta como una pantalla virtual multisensorial, mediante la cual evocamos recuerdos, sensaciones, ideas, reflexiones e imágenes de ficción, apelando a todos los sentidos.

Armando José SEQUERA (Venezuela, 1953)

ELOGIO DE LOS LIBROS

POR LA DESCRIPCIÓN DEL PARAÍSO, y la ceguera de Tobías y por el viaje de Jonás alojado en el vientre de una ballena. Por las aventuras de Ulises a través de un mar color de vino y por la explicación de sus hazañas hasta que pudo regresar a Ítaca. Por las enseñanzas de Virgilio acerca del tiempo que nos huye, irremediable, y, cómo no, por las de Horacio, que nos animó a disfrutar del momento que pasa y a llevar una vida retirada y modesta. Por los jardines y fuentes de los versos árabigos, porque evocan la pérdida del inmenso desierto. Por la flor del cerezo y la luna y el río, y por los pabellones y por las batallas que cantan los poemas de los clásicos chinos. Por el amor que ha abierto las murallas de todos los castillos de la historia y por los trovadores que

inventaron el modo de asaltarlas. Por las coplas escritas a la muerte del padre, y las noches oscuras y la senda escondida, y la hermosa locura que inventó Don Quijote. Por el descenso a los infiernos donde habitan los monstruos y el ascenso a los cielos donde viven los ángeles. Por la busca del tiempo que creímos perdido en la patria feliz de la infancia. Por los cuentos de hadas y los cuentos de lobos, por su felicidad y por su miedo. Por los cantos oscuros de las tribus remotas, tan acordes al ritmo con que suena la Tierra. Por la tristeza y por el entusiasmo que se esconden detrás de las líneas escritas por cualquier ser humano. Por los mares del mundo: los del norte y sus sagas, los del sur y sus islas; y los de la persecución de Moby Dick y los profundos del Nautilus. Por los héroes de leyenda y los seres reales porque son las dos caras de la misma existencia. Por las volteretas de todas las vanguardias y los sueños que inventan con sus saltos festivos. Y por todos los libros, incontables, que admiten recordar lo olvidado y volver a lugares donde nunca estuvimos y vivir esas vidas que jamás viviremos. Porque el mundo es un libro que nos lee y que escribimos.

Álvaro VALVERDE (España, 1959)

[LA FELICIDAD DE LEER]

HE SIDO FELIZ, desgraciada, y me he reído, y he llorado, y me he asustado, y me he emocionado, y me he enamorado, y me he desenamorado muchas veces más, porque los libros viven, laten, palpitan con su propio corazón. Tal vez sería capaz de llegar a ser feliz trabajando en otra cosa, pero vivir sin leer ya no sería vivir, sino un sucedáneo insoportable de la vida.

Almudena GRANDES (España, 1960)

LA IMPORTANCIA DE LA LECTURA

EL HOMBRE ES, sin lugar a dudas, el ser más creativo en la faz de la tierra. Hemos llegado al siglo XXI, y sus inventos son notables. Autos, Barcos, Aviones, Computadoras,

Celulares; si nos pusiéramos a hacer una lista de todo lo que ha inventado la humanidad no serían cientos, sino miles los artefactos que el hombre ha creado, unos más trascendentes que otros, pero todos de un modo u otro han permitido el desarrollo o el mejoramiento de las condiciones de vida.

El invento más importante de la humanidad es el Libro, incluso por encima de la rueda, pues a pesar de que esta facilitó el transporte de objetos, y transformó enormemente la vida de las personas, su alcance es físico y por lo tanto efímero, se trata de un invento utilitario; el libro en cambio transporta ideas, y es tan eficiente haciéndolo que es capaz de llevar el pensamiento de una persona a través del tiempo, de una generación a otra, permitiendo conocer las ideas de un Creador incluso después de su muerte.

No es necesario decir cuán importantes son los libros, basta con investigar un poco para darnos cuenta de que toda religión esta fundamentada en uno, que los grandes movimientos sociales se han dado a partir de un documento escrito y que los grandes desarrollos científicos han ido evolucionando a partir de registros escritos. El libro es definitivamente el invento más valioso de la humanidad.

Los libros han demostrado a lo largo de la historia que son el pilar más importante de la cultura humana, y a la fecha siguen teniendo más prestigio que la radio y la televisión. Pero ¿y qué pasa con la lectura?

La lectura es un proceso cognoscitivo que consiste en la interpretación de signos gráficos por medio de recreaciones mentales que permiten ver lo que no está presente, es decir, imaginar una realidad.

Cuando decimos imaginar pensamos en una condición natural del ser humano, lo consideramos algo innato, algo que ya tenemos y que no es necesario estar leyendo para fomentar esta capacidad humana, pero en realidad se trata de una función cerebral que necesita ser ejercitada, y ha de ser en la edad temprana, antes de los catorce años, pues, si no se acostumbra a nuestro cerebro a leer, pierde interés y la lectura se vuelve una tarea cansada y sin sentido, y esto se debe a que ya hemos perdido la capacidad de relacionar las ideas impresas con nuestra vida diaria.

Sergio HARO ALCARAZ (México, 1974)

3. Los jóvenes ante la lectura

SABES MEJOR QUE YO cuál es la situación actual de los jóvenes ante la lectura. En general, hasta los 12 o 13 años los índices de lectura se suelen mantener a un ritmo —cada año que pasa con más dudas— bastante aceptable; pero, a partir de esa edad, con la llegada de la adolescencia, la caída es estrepitosa. A los muchachos, salvo excepciones, ya no les gusta leer, les parece una actividad propia de niños y que ahora les aburre, y los profesores vocacionados asistís impotentes, perplejos o desconcertados, al progresivo distanciamiento o abandono masivo de la lectura.

Ante unos muchachos, en general, tan solicitados por el mundo externo, tan faltos de capacidad de atención y concentración, tan movidos e inquietos, tan distraídos, difícil tarea es encaminarlos y centrarlos en una actividad solitaria, seria y absorbente como es la lectura. Y esto, además, en un país, nuestra querida España, que tradicionalmente ha estado y sigue estando a la cola de los niveles de lectura en Europa ya que en la actualidad se calcula que el cincuenta por ciento de la población española no lee ni un libro al año; aparte de que, como suele afirmarse, el libro más leído en nuestro país sea el catálogo de Ikea.

No quisiera parecer demasiado negativo, pero según las evaluaciones internacionales de los últimos informes PISA —la evaluación del rendimiento que realiza la OCDE (Organización para el Desarrollo y la Cooperación Económica) cada tres

años a alumnos de 15 años—, España suspende en Matemáticas, Comprensión lectora —la capacidad para entender, usar y analizar textos— y Ciencias. En cuanto al fracaso escolar, es decir, el abandono de los estudios antes de finalizar la educación secundaria superior, España se encuentra en la media de los países de la OCDE, y en la utilización de las herramientas digitales, por debajo de la media. Según algunos de esos informes los alumnos españoles hacen muchos deberes en casa pero con escasa utilidad. A este respecto es muy interesante el siguiente testimonio de una madre española, residente en Alemania:

Conozco bien el sistema educativo de España y de Alemania. Para mí la gran diferencia radica en la forma de estudio. Los niños en Alemania saben estudiar y lo hacen con agrado. Los deberes los realizan en el cole. Las clases terminan a las 13:00 y tienen una hora para comer. De 14:00 a 15:00 hacen los deberes en el aula, con ayuda de los *profes*. Tienen muchísimos menos deberes que en España. Las tardes las tienen completamente libres para hacer lo que más les apetezca. Y por sorprendente que parezca, dedican muchas tardes a leer libros y estudiar de forma voluntaria, sin ninguna presión.

El sistema educativo finlandés está considerado uno de los mejores del mundo, especialmente por sus buenos resultados en los Informes Pisa, ¿A qué se debe? Los expertos señalan las diez claves que explican la excelencia de este sistema educativo. Me parece oportuno recogerlas:

1. LOS DOCENTES SON PROFESIONALES MUY VALORADOS. La educación es una profesión con prestigio y los profesores tienen gran autoridad en la escuela y en la sociedad. El equivalente a Magisterio, en Finlandia es una titulación complicada, exigente y larga, que además incluye entrevistas personales, por lo que los maestros son profesionales muy bien preparados y vocacionales.
2. LA EDUCACIÓN ES GRATUITA Y, POR LO TANTO, ACCESIBLE A TODOS. El sistema educativo público establece que la educación es obligatoria y gratuita entre los 7 y los 16 años y debe ser impartida por centros públicos. Tampoco se

paga por los libros ni por el material escolar, y todos los niños reciben una comida caliente al día en el colegio, también gratuita. En el caso de que el niño viva a más de cinco kilómetros del centro escolar, el municipio debe organizar y pagar el transporte.

3. EL REPARTO DEL DINERO PÚBLICO SE HACE DE FORMA EQUITATIVA. Los fondos estatales se reparten de forma justa entre los centros. Hay una base de subvención común para todos, pero la cifra final varía atendiendo a las necesidades de cada uno, de manera que se compense a aquellos con más carencias para equiparlos al resto. La igualdad de oportunidades es un valor esencial.
4. EL CURRÍCULO ES COMÚN PERO LOS CENTROS SE ORGANIZAN. Cada escuela y sus profesores diseñan y organizan el currículo (aunque tiene unas líneas generales y un marco común para todos) y se planifican para conseguir los logros establecidos como mejor consideren.
5. LA EDUCACIÓN SE PERSONALIZA. Desde los primeros cursos se interviene para apoyar a los alumnos con necesidades especiales, con lo que se evita que sus dificultades aumenten con los años y se minimizan los porcentajes de fracaso escolar. Se respeta el ritmo de aprendizaje de cada niño y se huye de las pruebas y actividades estandarizadas. Además, los profesores suelen ocuparse del mismo grupo desde 1.º (7 años) hasta 6.º (12 años), lo que ayuda a que los conozcan mucho mejor.
6. LOS ALUMNOS TIENEN TIEMPO PARA TODO. La educación se toma en serio pero también se da importancia al juego y al descanso. Los niños no comienzan el colegio hasta los 7 años, momento en el que se les considera maduros para aprender. Además, las jornadas lectivas son más cortas. Los estudiantes de Primaria tienen solo tres o cuatro clases al día, con descansos de quince minutos entre cada una de ellas a los que se suma el descanso para comer. Apenas hay deberes, el trabajo en clase, no en casa.

7. PREPARAR LA CLASE ES PARTE DE LA JORNADA LABORAL. Los profesores no imparten tantas horas de clase como en otros países, sino que el tiempo que pasan en el aula es más reducido y destinan las horas restantes a preparar sus lecciones, investigar, organizarse o trabajar de forma colaborativa con otros docentes.
8. SE EVITA LA COMPETENCIA Y LAS CIFRAS. Los estudiantes no hacen exámenes ni reciben calificaciones hasta 5.º curso (11 años) y los informes que el profesor elabora para los padres son descriptivos, no numéricos.
9. SE PREMIA LA CURIOSIDAD Y LA PARTICIPACIÓN. La imaginación y la capacidad de emprendimiento son muy apreciadas en la sociedad finlandesa, abundan los profesionales de campos artísticos y creativos y también los de tecnología e ingeniería. Esto también se fomenta en la educación, donde se valora la creatividad, la experimentación y la colaboración por encima de la memorización y las lecciones magistrales.
10. LOS PADRES SE IMPLICAN. La sociedad y las familias consideran que la educación es fundamental y la complementan con actividades culturales. A esto contribuyen las ayudas que reciben los padres para la conciliación de la vida laboral y familiar, para que dispongan de más tiempo con sus hijos.

Pero volvamos a nuestra querida España. El escritor y catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad de Barcelona, Juan Ramón Capella, criticaba hace ya algún tiempo, en un «dramático» y muy duro artículo de la prensa diaria y desde su experiencia docente, la falta de preparación, la miseria formativa y cultural con la que los estudiantes llegaban a la Universidad, y, aunque seguramente la realidad actual no sea tan absolutamente negra, me temo que todavía persisten suficientes e inaceptables deficiencias:

Ni siquiera —escribía el citado catedrático— los mejores son capaces de expresarse por escrito. No se trata únicamente del absoluto desconocimiento de la

ortografía, sino de la aberrante puntuación, de una grafía disparatada, que muestran la inexistencia de hábitos de lectura y de escritura. Tienen, además, una ignorancia supina de la Historia: no saben si fue antes el Imperio Romano o la Revolución Francesa... La *Generación PlayStation* ha llegado a la Universidad. Divertirse hasta morir. En esto consiste la educación real que ahora funciona. La industria cultural ha convertido la educación en un divertimento. Ahora llegan los nuevos bárbaros... Hay un abismo entre la cultura de élite y la cultura de masas. Es terrible, pero creo que, al menos durante un tiempo, tendremos que defender la cultura de élite ante el barbarismo social.

4. Los enemigos de la lectura

COMO SI NOS ENCONTRÁRAMOS en aquellas clases de Lengua y Literatura del viejo BUP o COU, cuando os hablaba de lo divino y lo humano, vas a permitirme algunas reflexiones sobre las principales causas —tan obvias y fácilmente detectables, por otra parte— que generan esta situación.

En primer lugar, la televisión se ha tenido durante mucho tiempo como la culpable más al alcance de la mano. Las imágenes televisivas bombardean impunemente durante muchas horas semanales a nuestros adolescentes y jóvenes que, sin apenas notarlo, se convierten en mudos, pasivos e idiotizados receptores de una avalancha colorista, violenta, edulcorada o de banales chismorreos y de general mala educación. En la televisión todo se le da hecho al receptor sin exigirle nada a cambio, ni esfuerzo físico, ni inductivo, ni deductivo, ni imaginativo. Además, si este medio hipnotizante se nutre en su mayor parte de programas estúpidos, carentes del más elemental nivel lingüístico, cultural o estético, que ni elevan ni estimulan, sino que, por el contrario, alienan, rebajan y degradan; que unifican, pero por abajo; si la televisión se ha convertido en *telebasura* y es hoy, como clamaba Ernesto Sábato, «el verdadero opio del pueblo», el problema se complica al máximo para nuestros jóvenes indefensos. Según los expertos, la televisión ha llegado a ser una especie de «droga dura» a la que los niños son especialmente adictos.

Sin embargo —y dentro de este olvido de la lectura y de la continua primacía y exaltación de la imagen y el sonido—, se percibe desde hace ya mucho tiempo un cambio cada vez más evidente.

Los adolescentes y jóvenes prefieren otras pantallas de ocio por su mayor interacción: el ordenador, Internet (el ochenta y ocho por ciento de los adolescentes se declaran usuarios), los videojuegos o videoconsolas, los reproductores de música e imagen y los últimos y más sofisticados teléfonos móviles y las tabletas, que ofrecen todas las funciones en una sola mano: correo electrónico, acceso a Internet vía Wifi, música, Whatsapp, multitud de programas, cámara digital, GPS, etc.

Estamos ante una nueva generación, la de los llamados nativos digitales: los muchachos actuales dotados de una asombrosa destreza informativa y que no vivieron ni pueden imaginar una vida sin Internet y las demás pantallas. Una generación que usa con toda normalidad y absoluto dominio esos medios en los que ya no son meros espectadores, como en el caso de la televisión, sino que juegan como protagonistas con la PlayStation, buscan en Google, «cortan y pegan», se conectan con sus amigos mediante las redes sociales —Facebook, Twitter, Instagram...— que integran el chat, el correo electrónico y la subida de fotos o canciones y vídeos bajados asiduamente de Internet. Se pasan los días y las noches con el móvil o tableta en mano, tecleando como posesos.

Si todas estas actividades y prácticas sociales en la Red se suman al tiempo dedicado a la televisión, no nos puede extrañar que cada vez dispongan de menos tiempo y más dificultad para leer un libro.

[LOS JÓVENES ACTUALES Y LA TELEVISIÓN]

¿SABEN CÓMO «VEN» la televisión los jóvenes españoles? Aquellos de ustedes que tengan hijos adolescentes lo saben muy bien, lo hacen con el ordenador portátil sobre sus rodillas y con su *smartphone* a mano.

Mientras al fondo del salón de casa, en la tele, sus padres están viendo el aburridísimo telediario de la noche, ellos disfrutan de las series de Netflix, acceden a YouTube o conversan con sus amigos en redes sociales como Instagram, Facebook y Twitter.

Y no solo es cosa de adolescentes, es un comportamiento cada vez más habitual en esa generación que los más cursis llaman *milenials*. Cualquier joven de nuestro país abre su móvil una media de ciento cincuenta veces al día, y se informa de las noticias a través de las recomendaciones de sus amigos en Facebook o de los *trending topics* [tendencias] en Twitter. Y ya no son solamente los urbanitas universitarios, veintitrés millones de españoles son usuarios activos de teléfonos inteligentes según el último estudio de Telefónica.

César CALDERÓN AVELLANEDA

Aunque no se pueden negar las enormes posibilidades de los audiovisuales e Internet en la formación personal y, desde luego, en el proceso educativo, la realidad, como tú mismo me indicas, es que la mayoría de tus alumnos no aprovechan la información, conocimiento y divertimento provechoso que pueden proporcionar estos medios. Con esa tendencia tan característica en ellos a lo fácil y cómodo, predomina casi exclusivamente el uso lúdico y frívolo e incluso, y cada vez más frecuente, peligroso.

Con frecuencia, Paz, mi mujer, dice que Internet es el reino de la libertad, donde se encuentre todo lo bueno y todo lo malo; un inmenso e infinito territorio, pero por el que debemos caminar con tacto y al que debemos domeñar con un criterio muy serio y responsable.

Me pregunto, ¿tienen los padres y los profesores preparación y autoridad para guiar a sus hijos y alumnos, orientarlos, formarlos y acotarlos en el uso responsable y fructífero de Internet y los demás medios audiovisuales?

Manuel Vicent (España, 1936) en una columna de *El País* (1-7-2007) ya un poco lejana, planteaba, con su acostumbrada carga de fina ironía, la diferencia o abismo existente entre los muchachos actuales y las generaciones anteriores como la de sus padres, la tuya y no digamos la de los «carrozas» como yo:

Los jóvenes que se han examinado este año de Selectividad nacieron con Internet, con el móvil, el MP3, el CD, el GPS, el chat y la PlayStation. A través de la yema de los dedos sobre los distintos teclados su sistema nervioso se prolonga en el universo. En el mundo ya no había muro de Berlín ni comunismo ni guerra fría cuan-

do tomaban la primera papilla, pero al pasar del triciclo a la bicicleta se encontraron con la globalización, con el terrorismo planetario y con los patines en línea. No saben qué es la mili. Muchos aprendieron inglés en Inglaterra y realizaron intercambios con chicas y chicos de otros países. Los más concienciados aman la naturaleza, son sensibles al ahorro de energía, se molestan en buscar una papelera antes de tirar un envase en el suelo, rechazan la comida basura e incluso cierran bien el grifo del fregadero. Los más descerebrados se excitan cada sábado en el albañal del botellón. Sus padres en la manifestación de izquierdas corearon el pareado: «El pueblo unido jamás será vencido». Ellos solo cantan el oe, oe, oeee al final del partido, cualquiera que sea su ideología. Ese cántico es el himno del siglo XXI, acompañado con la imagen de las Torres Gemelas ardiendo. Esta nueva promoción de universitarios conoció el amor ya en tiempos del sida y aunque en el colegio les explicaron cómo se usa el preservativo, a la mayoría no les da tiempo de ponérselo. Su horizonte es el genoma humano, que comparten con la marca Nike, y si sus padres se estremecieron con Maradona, Cruyff y Butragueño, ellos adoran a Nadal, Fernando Alonso y Pau Gasol. No les interesa la política, les suena vagamente el nombre de un tal Felipe González, no leen periódicos, tienen una idea muy fragmentaria de la cultura, pero cuando un tema les apasiona, deporte, cine, informática o música, lo conocen hasta el fondo, abastecidos por una información exhaustiva.

Existen algunos síntomas que indican que ya tienes muy poco que ver con los nuevos jóvenes. Si sabes quién era Angela Channing, si has llegado a ver la tele en blanco y negro, si estás todavía con la marihuana o la cocaína y no con las drogas de diseño, si conociste a John Travolta sin tripa, si aún piensas en pesetas al hacer las cuentas, si tu sobrino sabe más que tú de ordenadores, si te cabreas porque tu hija deja el bote de champú abierto, si cuelgas la toalla en su sitio después de ducharte, si te acuerdas de Michael Jackson cuando era negro, cualquiera de estas señales indican que comienzas a hacerte viejo.

Pero vengamos a la realidad de nuestros días En un texto de «rabiosa actualidad» —me mola mucho este dicho periodístico— titulado «El deterioro de las relaciones humanas», Javier Cordero Ruiz escribe en la sección Cartas al Director de *El País* (10-10-2016):

En los últimos veinte años hemos asistido a la incorporación generalizada en la sociedad de las nuevas tecnologías. Al mismo tiempo, se ha producido un fuerte deterioro de las relaciones humanas. En un mundo cada vez más globalizado disponemos de una serie de herramientas que nos acercan, «en tiempo real», a todas partes: Internet, teléfonos móviles, correo electrónico, redes sociales, etcétera. Obtenemos información de una manera instantánea, pero olvidamos los auténticos vínculos que caracterizan a los seres humanos. Nos hemos acostumbrado a distanciarnos en las relaciones personales. Hoy día es normal observar amistades juveniles que se desplazan en transporte público sin comunicarse entre sí, pero permanecen continuamente *enganchados* a los teléfonos móviles. También en las familias tendemos a aislarnos cada vez más. En lugar de reunirnos en el salón, como antaño, y comentar las vivencias de cada día, inquietudes, proyectos, nos reclinamos en las habitaciones para conectarnos a los ordenadores. Nos hemos hecho esclavos de una revolución tecnológica que nos separa de la auténtica esencia del ser humano, y nos impide expresar nuestros sentimientos. En definitiva, nos hace perder la perspectiva de la comunicación en las relaciones humanas.

El acto de la lectura es una actividad personal, intensa y profunda, en la que hay que imaginar y crear; y que exige tiempo, paciencia y sobre todo mucho silencio. Se encuentra, pues, en los antípodas de esa situación descrita, tan pasiva, superficial y extravertida, tan asediada y cercada por las imágenes y la música estridente. Como dice Alberto Manguel (Argentina, 1948) «se ha perdido la costumbre de lo difícil, lo profundo y lo lento. Es muy complicado hacer que un niño educado al ritmo del *zapping* y el videojuego se tome el tiempo de sentarse con un libro». George Steiner (Francia, 1929) enumeraba machaconamente «el silencio, la soledad y la memoria cultural» como las tres categorías que rigen la concepción clásica de la lectura. Y el novelista norteamericano Philip Roth (Estados Unidos, 1933) insiste en los tres requisitos del hábito de lectura: «La concentración, la soledad y la imaginación». Pues bien, como afirmaba hace algún tiempo César Antonio Molina (España, 1952) incluso «se está llegando a la surrealista situación de que muchos chicos admitan con normalidad que las imágenes vigilantes y el ruido

anestésico son producto de la alegría del mundo, mientras que el silencio y la soledad equivalen a la tristeza, el aburrimiento y el desasosiego».

[NEGROS AUGURIOS]

¿QUIÉN NECESITA ERUDICIÓN habiendo buscadores de Internet? ¿Con qué fin cultivar la calidad educativa si solo queremos lucro y diversión? Menudean negros augurios. Se acerca, según dicen, el día en que, ahídos de cultura visual, prescindiremos del lenguaje. Nos bastarán entonces cuatro rudimentos verbales para balbucir saludos, indicarle al médico dónde hace pupa y descifrar los manuales de instrucciones de los aparatos en que estamos delegando nuestra soberanía intelectual. No sabremos definirnos, seremos un árbol junto a otro; a cambio, habremos prolongado la infancia hasta edades que ayer caían de lleno en la vejez. Quien sepa latín deberá agitar una campanilla, como los leprosos de antaño. Los abuelos contarán historias de bibliotecas y democracias remotas a sus nietos.

Fernando ARAMBURU (España, 1959)

[INMEDIATEZ Y CONCISIÓN]

ACOSTUMBRADOS a la inmediatez y a la concisión del mensaje del móvil, casi amantados por él, ¿cuánto esfuerzo suplementario puede costar a los integrantes de la generación PlayStation esperar a que el profesor alcance la conclusión de un razonamiento o de una argumentación teórica, de longitud casi intolerable para estas mentes ajustadas al idioma SMS?

José SÁNCHEZ TORTOSA (España, 1970)

[LEER]

LEER. Aquella forma de deslumbramiento, de recogimiento, de temblor, aquel modo de reconocerse sin haberse conocido, ese brutal y valiente ejercicio de intimidad. Leer, qué vieja actividad. Ya no leemos, al menos ya no así. Ya nunca me encuentro en medio de conversaciones sobre un descubrimiento literario, nunca oigo recitar a altas horas los párrafos del ebrio, nadie me cuenta cómo tiembla una metáfora que se nos pasó.

Leer. Antes leíamos cuando, tras llegar a casa, nos quedaba un rato de asueto con los críos dormidos. Leíamos cuando comíamos solos en alguna taberna de menú o sobre la barra de la cocina. Leíamos cuando viajábamos en tren, cuando esperábamos el bus, cuando un novio se retrasaba, los domingos de derrota, en el cuarto de baño y en la playa, durante esos momentos en que se bebe sola... Leíamos.

Ahora, en todas esas ocasiones, sacamos el móvil o la tableta o lo que sea que cargamos y nos damos un garbeo por las redes sociales. Eso veo. Navegamos por Facebook, nos narramos en Facebook, ah maldito ombligo, opinamos en Twitter, cotilleamos, nos hacemos mirar, lanzamos proclamas y mensajes de amor. Expulsamos restitos de nosotros y miramos los restitos de aquellos que nos pasan por delante. Justo lo contrario del ejercicio del leer: Alimento, alimento y proteína.

Me pesa la sensación de que hemos sustituido/estamos sustituyendo el acto de alimentarnos por la pequeña siembra de nuestras cagarrutas. Y será que me hago vieja, pero voy a retirarme de todo ese jaleo de las redes para volver a otro silencio, otro ritmo y volver a leer como lo hacía entonces. A ver si todavía estoy a tiempo de ser libre. O de ser culta.

Cristina FALLARÁS (España, 1968)

Otro enemigo de la lectura, muy relacionado con lo que acabo de decir, es el sentido gregario del muchacho actual, el no saber estar solo, la necesidad del grupo para afirmarse y divertirse, que, unidos a las poderosas sollicitaciones del entorno, las continuas incitaciones a salir de sí mismo, a extraverterse y dispersarse, dificultan enormemente un acto —según lo arriba indicado— tan interiorizado y concentrado, tan reflexivo y solitario como es el de la lectura.

La tercera causa es que la lectura ha sido excluida con mucha frecuencia del ambiente familiar, bien porque se ha perdido la tradición lectora en clases sociales que antes la poseían y valoraban, o bien porque no se dan las mínimas condiciones culturales o económicas para que pueda existir. En ambos casos, los padres no leen y los hijos tampoco y, al revés, cuando un alumno lee es, en la mayoría de los casos, porque en casa sus padres también leen. La afición lectora entre los adolescentes y jóvenes decrece, aunque a veces haya un aumento engañoso de lectores llamados «inducidos», debido a las lecturas obligatorias de los planes de estudio o a campañas de mercado, que apenas consiguen lectores verdaderos y constantes, que es de lo que se trata.

De todos modos, bienvenidos sean *El señor de los snillos* de J. R. R. Tolkien, *Memorias de Idhún* y otros títulos más recientes de la escritora española Laura Gallego (España, 1977) y, a pesar de toda la parafernalia de marketing, la serie de *Harry Potter*. Una chica de 16 años, con motivo de la publicación de *Harry Potter y las reliquias de la muerte*, decía que lo que más le gustaba de su autora, la escritora inglesa J.K. Rowling (1965), era que se sentía identificada con sus historias, que le gustaba la fantasía que creaba y la habilidad con la que la había embarcado en el mundo de la lectura.

Doy un voto de confianza a este tipo de lecturas y creo que muchos de estos lectores circunstanciales, bien orientados e informados y ya al margen del estruendo mediático, pueden continuar con otros títulos progresivos en su categoría literaria; y esto a pesar de las palabras de George Steiner (Francia, 1929): «Un niño que ha leído todos los volúmenes de *Harry Potter*, ¿leerá luego *La isla del tesoro*, *Los viajes de Gulliver*, *Oliver Twist*, los clásicos? Mis colegas que han estudiado este fenómeno dicen que no, que los niños que hayan leído a *Potter* no leen después a los grandes clásicos. Y esto es triste».

A estas causas señaladas, se unen, por supuesto, la degradación de la educación y las formas de vida contemporánea, caracterizadas por la prisa y la superficialidad, que impiden la serenidad, el silencio y la soledad sosegada, a las que estoy continuamente aludiendo como requisitos imprescindibles para poder sumergirse en la lectura e ir consiguiendo el hábito. José Saramago (Portugal, 1922-2010) recordaba la frivolidad y la trivialidad que se está instaurando en la sociedad: «Nos

está invadiendo y nos arrebatando lo más preciado que poseemos: pensar y sentir»; y Umberto Eco (Italia, 1932-2016) se planteaba la necesidad de volver a valorar la reflexión y la meditación solitaria en un mundo cada vez más abierto a los espectáculos y a la distracción.